

conserva el sentido universal del mensaje evangélico, evitando todo reduccionismo de tipo ideológico o funcionalista.

Palabras pronunciadas por el Señor Rector de la Universidad del Salvador, Licenciado Juan A. Tobías, iniciando las actividades académicas en celebración del V Centenario del Descubrimiento y Evangelización de América

17 de noviembre de 1986.

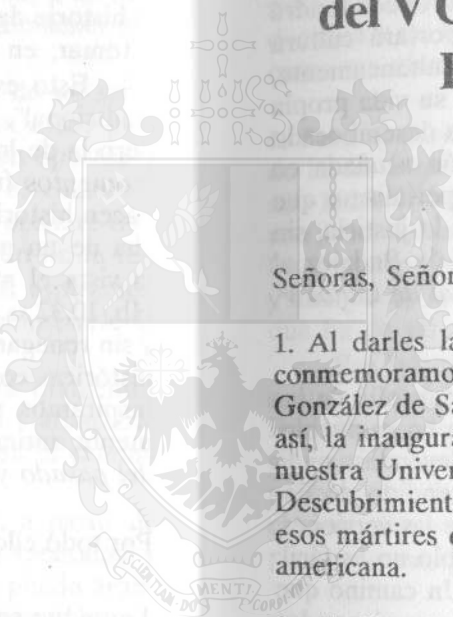
Señoras, Señores:

1. Al darles la bienvenida a este acto, me permito recordar que hoy conmemoramos la muerte de los Beatos Mártires Rioplatenses: Roque González de Santa Cruz, Alonso Rodríguez y Juan del Castillo. Coincide así, la inauguración de las actividades académicas que tendrán lugar en nuestra Universidad del Salvador, celebrando el Quinto Centenario del Descubrimiento y Evangelización de América, con el recuerdo vivo de esos mártires que ofrendaron sus vidas para florecimiento de esta tierra americana.

2. Aludir a los mártires rioplatenses es ya referirse al acontecimiento más revolucionario de la historia de la humanidad, después del acontecimiento salvífico de la Redención: el descubrimiento de América. Es un momento histórico, pero su densidad lo proyecta en el tiempo. Es un espacio geográfico más que se abre a las expectativas de la madura Europa, pero el horizonte de ese espacio -como en un juego de contradicción geométrico- penetrará las entrañas mismas del viejo continente, determinando la médula de su pensamiento ulterior.

Es una realidad política con una fuerza tal, que desdibujará no sólo las fronteras hasta entonces existentes, sino el concepto mismo de frontera:

Europa será madre, y tendrá que optar entre la asimilación total de la nueva hija a sus pautas sociales y políticas, o una fecundidad que la trascienda, cuyo primer paso de trascendencia será el enorme esfuerzo



USAL
UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR

de comenzar a comprender a los hombres y a los pueblos, no precisamente desde el "Mare Nostrum", sino desde la lejana debilidad de la hija recién nacida.

Y desde allí, el mundo cambiará de óptica al ser contemplado: habrá una nueva perspectiva desde nuestra luminosa y austral Tierra del Fuego.

3. Esta opción no será tomada de una vez para siempre. Su solo planteo provocará rivalidades, oposiciones y guerras... La historia volverá a repetirse en esta nueva realidad. El corazón de los pueblos europeos tendrá que elegir una conducta: será lobo eviscerante, que exportará cultura para devorar luego el producto o será padre y madre simultáneamente, dejando crecer la identidad del nuevo hijo en la fusión de su vida propia con la herencia de familia que él le dio. Una opción que ha desembocado en infinitud de conflictos hasta nuestros días. Una opción acuñada en dos lemas programáticos: el "homo homini lupus" del imperialismo que ya conocemos o el "harás pueblos felices, hermanos en la justicia, sin que unos se expolien a los otros" del consejo del Obispo de Badajoz al Emperador Carlos I (cfr. R. Menéndez Pidal, *Idea Imperial de Carlos V*, Espasa Calpe, Buenos Aires, 1941, p. 15).

4. La presencia de España en América hay que buscarla más allá de las anécdotas o de los hechos coyunturales. Hay que rastrearla en su pueblo. Y en el corazón de ese pueblo no hay lugar para las leyendas: ni la blanca ni la negra. Nuestros pueblos americanos han aprendido de España a "sentir" su identidad arraigada más hondamente que las versiones, las teorías o los cuentos. Llegar a ese sentimiento del pueblo no es fácil. Más aún, me atrevería a decir que hay un solo camino... Un camino que no pasa ni por los conquistadores, ni por los encomenderos, ni por los negociantes, ni por los ideólogos de moda que proyectan sus propias teorías sobre realidades que su corazón es incapaz de comprender. Al sentimiento de nuestro pueblo se llega por el camino de sus santos. La puerta nos la abren una Rosa de Lima, un Toribio de Mogrovejo, un Martín de Porres, un Juan Macías, una Mariana de Jesús Paredes, un José de Anchieta, los propios Beatos Mártires Rioplatenses, quienes llevaron a la Compañía de Jesús al teatro histórico de sus grandes hazañas.

5. Hoy, en su fiesta litúrgica, quiero referirme, como símbolo a uno de ellos, a Roque González de Santa Cruz. Hombre de América, hombre del Paraná, del Uruguay y del Plata, hombre de la selva y del río, de la tierra roja y la piedra... hombre de frontera. Como lo señalara un autor de su vida, puede compendiarse en su apellido: hombre de la "Santa Cruz". "La verticalidad de uno de los palos de la cruz vendría dada por

su cuna, su educación, su mundo interior profundo y trascendente. La horizontalidad del otro palo sería su extraversion, la proyección avasalladora y apostólica de su personalidad". Por ello se trata de un hombre que, a seguimiento de su Señor, vivió "en cruz", tironeado por la soledad interior y el ansia y búsqueda de Dios en su corazón, y ese celo apostólico que lo movía a ir siempre más allá, celo apostólico nacido de la experiencia de su alma sedienta de Dios, quien siempre está "más allá", quien es el "Deus semper maior" de toda realidad y de toda existencia. De esta síntesis, en cruz, podemos colegir también el porqué de la solidez de su doctrina y de lo doctrinal de sus fundaciones. No fundó sin doctrina, así como no adoctrinó sin fundar.

6. Para él mismo, la cruz tenía este sentido. Permítaseme leer un trozo de la carta que escribiera a su Padre Provincial, Pedro de Oñate, en el año 1615: "Y lo que fue de mucha admiración es que los indios levantaron una cruz delante de la Iglesia; y habiéndole dicho la razón por la que los cristianos la adoramos, nosotros y ellos la adoramos todos de rodillas; y aunque es la última que hay en estas partes, espero en nuestro Señor que ha de ser principio de que se levanten otras muchas".

Ese "plantar" la cruz es uno de los gestos apostólicos típicos de los santos de América y de Roque, tal como en su carta se hiciera evidente. Por ello el alma de nuestros pueblos sabe de anonadamiento y de paciencia, de espaldas encorvadas, pero con dignidad en el rostro. Nuestro pueblo sabe de cruz, de la Cruz Redentora, que nada tiene que ver con el sentimiento de tortura que le atribuyen los falsos profetas de los imperios de cualquier signo y los teóricos de la mentira.

7. Junto a la Cruz, Roque González llevaba siempre consigo los otros dos amores de su corazón: la Virgen Madre, Nuestra Señora y la Eucaristía. La Imagen de la así llamada "la Conquistadora", lo acompañaba siempre en sus misiones. La Misa diaria, presencia de Cristo Dios-Hombre, le daba fuerza para seguir adelante. Ambos amores signaron su labor apostólica y transmitieron al pueblo de Dios la verdad sobre el Verbo Encarnado, sobre esa revolución del Dios-entre-nosotros, del Dios-nacido-de-una-mujer.

Y porque nuestro pueblo fue así evangelizado, entiende el valor de la ternura del amor de Dios, entiende que hay que cuidar a los ancianos y adoctrinar a los niños, entiende -con una sabiduría ancestral- que el amor de Dios quiso derramarse en una familia, ser fecundo en una familia. Nuestro pueblo tiene sentido de familia.

También el sentido de la Encarnación del Verbo en el seno de una madre y en el ámbito de una familia, fundamentó el sentido de integra-

ción típico en el apostolado de nuestros santos americanos y de Roque González en especial. Integración entre los hombres de cualquier raza; integración en las instituciones que fundaba y lo trascendían; integración en la cultura. Estos hombres de Dios no sólo fundaron corazones y ciudades sino también plasmaron cultura.

8. El Beato Roque González de Santa Cruz cae mártir de su trabajo, se funde ceniza en la tierra que tanto amó. Fue víctima de la conjura de Ñezú, el cacique jefe principal del Yjuhi y sus hechiceros. La historia siguió andando... y los hechiceros y caciques de turno siguen atentando contra los valores fundamentales de nuestros pueblos, esos valores plantados en su corazón y su memoria con la fuerza de la cruz, la ternura de María y la presencia Eucarística de Jesús. Pero nos cuenta la historia que el Corazón de Roque siguió hablando, siguió creando conciencias, consolidando corazones y destruyendo hechicerías.

Que nuestra piedad y convicción de cristianos le haga sitio en nuestra Universidad del Salvador a esa voz de "Adelantado de América", en los corazones de sus alumnos, docentes, administrativos, directivos, familiares y amigos. Y esa misma voz, nos defiende de los caciques y hechiceros que actualmente y con falacias, buscan la destrucción de los grandes valores plantados en nuestro pueblo por nuestros Santos.

Discurso pronunciado por el Señor Rector de la Universidad del Salvador, Licenciado Juan Alejandro Tobías, en la inauguración de las II Jornadas sobre la Evangelización de América¹

10 de Octubre de 1988.

Señoras y Señores:

La Universidad del Salvador se hace un honor en compartir con la Universidad Católica Argentina la organización de estas Jornadas y en recibir la distinguida presencia de Ustedes en la inauguración de las mismas.

Por primera vez en la función que ejerzo, me corresponde participar en la iniciación pública de actividades conjuntas con aquella Casa de Altos Estudios, y lo hago con alegría.

La realización de las IIas. Jornadas sobre la Evangelización de América, resulta por sí misma explicable tratándose de las dos Universidades Católicas de esta ciudad.

Considero, sin embargo, provechoso dejar señalado desde ahora la importancia que ese tema eminente tiene para la cultura superior.

Me resisto a admitir que la vida de nuestras Instituciones deba quedar limitada al estudio de su jurisdicción exclusiva, tal como reducirlas a las carreras de grado, ya que la consideración de sus problemas propios hace necesaria su vinculación con otros órdenes más elevados como el que aquí nos reúne. Traigo en esto no sólo convicciones muy definidas, sino imperativos consagrados en la carta constitutiva de la Universidad que represento.

¹ Las II Jornadas sobre la Evangelización de América (Buenos Aires, octubre de 1988) fueron organizadas conjuntamente por la Universidad Católica Argentina y la Universidad del Salvador.